

escuchó en su infancia al amor de la lumbre, en los inviernos, en una casa ya lejana que sabía perdida, se hizo viva en sus libros en su afán de que nada de aquello se olvidara. La nostalgia le empujaría una y otra vez a poner una nueva pincelada sobre el extenso lienzo de la memoria que suele ir creciendo con los años, acaparando voces y paisaje que de alguna manera se opusieron a la plena integración en el mundo circundante en el que las cosas discurrían por otros derroteros, a veces alarmantes, tanto, que tenía ese ayer de una trascendencia más apetecible al tomar de él lo mejor. Fueron sus propias experiencias, la propia infancia la que se abrió para decirnos que hay hombres que trabajan y dejan su impronta en tareas artesanales, sin otra ambición que la de subsistir. Rudos, pero sensibles, valoran lo que es extraño en su vida, hasta el punto de conservar como reliquia un bolígrafo encontrado en la calle. “El bolígrafo” es el título de un cuento publicado en el Diario Regional de Valladolid. El vecindario, la calle, la familia y el bar fueron la pequeña mina en la que inspirarse, una mina que se amplió al conocer otros lugares y otras gentes. Al principio, saberse limitado le hizo observar con atención la vida de alrededor que le permitía proyectar la suya, dotando a los demás de esa visión que en su interior crecía sin la capacidad de un movimiento, dispuesto a usar las alas del recuerdo para comprender lo que ata y detiene también a los demás, estancándoles en un lugar, en un mundo pequeño y cerrado, aunque puedan andar con sus piernas. La descripción del paisaje de la infancia es quizás lo más poético y lo menos trágico, probablemente porque la Naturaleza ofrecía un renacimiento, era otra cara que nada tenía que ver con el dolor. Es en su primera novela “Un mundo auestas” donde mejor se pierde en el ensueño. Metido en el piso de Monteolivete de Valencia, recorre con la mirada del recuerdo los lugares de la infancia, los hermosea. “Ahora veo los campos verdes, floridos de abril; pero veo, como antes mirando el viñedo viejo, un cambio en el tiempo y en las cosas. Veo las eras del pueblo con montoncillos de paja, con residuos de grandes sierras, con bálago, con granzas. Veo los árboles de almendros con el fruto maduro; las higueras con las hojas, con las hojas manchadas de polvo, con un higo pequeño, como roñoso, envarado ya, y otro, maduro, que picotearon los pájaros.”

Demasiado audaz, diría que temeraria fue a veces su curiosidad al adentrarse en pueblos y aldeas, cuando viajaba con el Citroën por la península, sin pensar en el riesgo que entrañaba tomar a un desconocido autoestopista. En cierta ocasión, recogió a un extranjero que no sabía español. Después de un largo silencio, el joven sacó de su mochila una navaja. Esta acción le produjo un ligero sobresalto, al no saber qué hacer. Luego, el extranjero extrajo un trozo de pan y salchichón, lo cortó y se lo